

Émile Zola

Del
matrimonio



Para Émile Zola (París, 1840-1902), el amor en el siglo XVII es «un gran señor empenachado [...] que entra en los salones precedido por una música solemne»; en el XVIII, «un granuja desaliñado [...] que desayuna con una rubia, cena con una morena y trata a las mujeres como diosas generosas»; y en el XIX, «un joven formal, correcto como notario, que tiene rentas del Estado...».

Así pues, el amor heroico del XVII o el amor sensual del XVIII se han convertido en el amor pragmático que se concluye a toda prisa como un negocio en Bolsa.

«El hombre actual no tiene tiempo para amar, y se casa con la mujer sin conocerla... y sin que ella lo conozca a él».



Émile Zola

Del matrimonio

ePub r1.0
Titivillus 15.06.2020

Título original: *Comment on se marie*
Émile Zola, 1893
Traducción: Sonia Berger Bengoa

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PREFACIO

En el siglo XVII, el amor en Francia es un gran señor empenachado, magníficamente vestido, que entra en los salones precedido por una música solemne. Obedece a un ceremonial muy complicado, y no da un paso adelante sin haberlo sopesado de antemano. Por lo demás, es absolutamente noble, de una ternura reflexiva, y de una alegría honesta.

En el siglo XVIII, el amor es un granuja desaliñado. Ama y ríe por el placer de amar y reír; desayuna con una rubia, cena con una morena, trata a las mujeres como a diosas generosas cuyas manos abiertas reparten placer a todos sus devotos. Un halo de voluptuosidad atraviesa la sociedad entera, hace la ronda de las pastoras y ninfas, de los pechos escotados que tiemblan bajo los encajes: época adorable en que la carne fue reina, gran goce cuyo lejano soplo nos llega aún tibio, mezclado con el olor de las cabelleras sueltas.

En el siglo XIX, el amor es un joven formal, correcto como un notario, que tiene rentas del Estado. Se codea con la alta sociedad o vende algo en alguna tienda. Sigue la política, los negocios lo mantienen ocupado de nueve de la mañana a seis de la tarde. En cuanto a sus noches, se dedica al vicio práctico, a una amante a la que paga o a una mujer legítima que le paga a él.

Así pues, el amor heroico del siglo XVII, el amor sensual del XVIII, se han convertido en el amor pragmático que se concluye a toda prisa como un negocio en la Bolsa.

Hace poco escuchaba a un industrial quejarse de que no se hubiese inventado aún una máquina de hacer niños. Se han creado máquinas para trillar trigo, para tejer telas, para sustituir los músculos humanos por engranajes para cualquier tarea. El día en que una máquina ame por ellos, los grandes trabajadores del siglo, esos que dedican cada minuto a la actividad moderna, ahorrarán tiempo, serán más ávidos y viriles en la batalla por la vida. Desde la enorme sacudida de la Revolución, los hombres en Francia no han tenido tiempo para pensar en las mujeres. Bajo Napoleón I, el cañón impedía que los amantes se escuchasen. Durante la Restauración y la Monarquía de Julio, una imperiosa necesidad de dinero se apoderó de la sociedad. Por último, el reinado de Napoleón III no hizo sino acrecentar el hambre de dinero, sin siquiera aportar un vicio nuevo, un nuevo exceso. Y existe una causa más: la ciencia, el vapor, la electricidad, todos los descubrimientos de estos últimos cincuenta años. Es necesario observar al hombre moderno con sus múltiples ocupaciones, viviendo de puertas para afuera, consumido por la necesidad de conservar su fortuna y de aumentarla, la cabeza siempre ocupada con nuevos problemas, la carne adormecida por el cansancio de la lucha cotidiana, convertido él mismo en mero engranaje de la gigantesca máquina social en plena tarea. Tiene amantes como quien

tiene caballos, para hacer ejercicio. Si se casa es porque el matrimonio se ha convertido en una operación como cualquier otra; y si tiene hijos es porque así lo quiere su mujer.

Hay otro motivo para los engorrosos matrimonios de hoy en el que quiero insistir antes de llegar a los ejemplos. Se trata de la profunda brecha que la educación y la instrucción abren en nuestro país, desde la infancia, entre los chicos y las chicas. Tomemos como ejemplo a la pequeña Marie y al pequeño Pierre. Hasta los seis o siete años se les deja que jueguen juntos. Sus madres son amigas; ellos se tutean, se dan de tortas amistosamente, se revuelcan por las esquinas sin vergüenza. Pero a los siete años la sociedad los separa y se apodera de ellos. A Pierre lo encierran en una escuela donde se dedican a llenarle el cerebro de una síntesis de todos los conocimientos humanos. Más tarde, entra en colegios especiales, escoge una carrera, se hace hombre. Abandonado a su suerte, librado al bien y al mal durante ese largo aprendizaje de la existencia, conoce la infamia, experimenta las penas y las alegrías, tantea las cosas y a los hombres. Marie, sin embargo, pasa todo ese tiempo encerrada bajo el techo de su madre; le han enseñado que una chica educada debe saber literatura e historia depuradas, geografía, aritmética, catecismo; además, sabe tocar el piano, bailar, dibujar paisajes a dos colores. Así pues, Marie desconoce el mundo, que sólo ha visto a través de la ventana, e incluso la ventana se la han cerrado cuando la vida se presentaba demasiado bulliciosa en la calle. Nunca se ha aventurado sola hasta la acera. La han guardado cuidadosamente, como una planta de invernadero, gestionándole el aire y la luz, haciendo que se desarrollase en un mundo artificial, lejos de todo contacto. Ahora supongamos que, diez o doce años después, Pierre y Marie se encuentran frente a frente. Se han convertido en extraños, el reencuentro resulta terriblemente molesto. Ya no se tutean, ya no se empujan por las esquinas riéndose. Ella, ruborizada, permanece inquieta frente al desconocido que él es ahora. Él siente entre los dos el torrente de la vida, las crueles verdades de las que no se atreve a hablar en voz alta. ¿Qué pueden decirse? Hablan un lenguaje diferente, ya no son criaturas semejantes. Se limitan a la banalidad de las conversaciones corrientes, manteniéndose a la defensiva, casi enemigos, mintiéndose ya el uno al otro.

Desde luego, no quiero decir que deberíamos dejar que nuestros hijos e hijas crecieran juntos como las malas hierbas de los jardines. La cuestión de esta doble educación es demasiado compleja para un simple observador. Me limito a constatar lo que hay: nuestros hijos lo saben todo, nuestras hijas no saben nada. Un amigo me ha contado muchas veces la extraña sensación que tuvo de joven, viendo cómo sus hermanas se convertían poco a poco en extrañas. Todos los años, cuando volvía del colegio, sentía la brecha cada vez más profunda, más intensa la frialdad. Hasta que, finalmente, un día ya no supo qué contarles. Y, después de haberlas besado de corazón, no le quedó más que recoger su sombrero y marcharse. ¿Qué ocurre, pues, cuando llega el gran momento del matrimonio? Ahí los dos mundos chocan de forma inevitable, y el golpe amenaza siempre con herir a la mujer o al hombre. Pierre se

casa con Marie sin conocerla, sin que ella lo conozca a él, pues no está permitido el ensayo. La familia de la joven está por lo general contenta de casarla por fin. Se la entregan al prometido, rogándole que tenga en cuenta que se la dan en buen estado, intacta, tal y como debe ser una novia. A partir de aquí, es el hombre quien velará por la mujer. Y he aquí que Marie es lanzada bruscamente al amor, a la vida, a los secretos durante tanto tiempo velados. De pronto, lo desconocido se revela. Las mejores esposas se quedan a veces impactadas durante mucho tiempo. Pero lo peor es que el antagonismo de ambas educaciones persiste. Si el marido no rehace a la mujer a su imagen y semejanza, ella será por siempre una extraña, con sus creencias, con la doblez de su naturaleza, con la pazguatería incurable de su educación. ¡Qué extraño sistema el de dividir la humanidad en dos bandos, los hombres por un lado y las mujeres por otro! Y luego, después de haber organizado cada bando, el uno contra el otro, los unen diciéndoles: «¡Vivid en paz!».

En resumen, el hombre actual no tiene tiempo para amar y se casa con la mujer sin conocerla, sin que ella lo conozca a él. Se trata de dos rasgos distintivos del matrimonio moderno. No complicaré el planteamiento general con más detalles, y pasaré a los ejemplos.

I

MAXIME y HENRIETTE

El conde Maxime de La Roche-Mablou tiene treinta y dos años. Pertenece a una de las familias más antiguas de la región de Anjou. Su padre fue senador bajo el Imperio, sin haber abandonado, según él, ni una sola de sus convicciones legitimistas. Es más, los La Roche-Mablou no perdieron ni un pedazo de tierra durante la emigración, y todavía se cuentan entre los grandes latifundistas de Francia. En cuanto a Maxime, ha tenido una bonita juventud; se enroló como soldado de infantería y después regresó a París, donde dio que hablar: arriesgó en el juego, tuvo amantes, se batió en duelo, pero no destacó. Es un chico rubio, apuesto caballero, de inteligencia media, sin pasiones extremas, y que ahora planea entrar en el cuerpo diplomático para hacer carrera.

La cabeza de familia de los La Roche-Mablou es una tía, la baronesa de Bussière, una anciana inquieta, relacionada con el mundo académico y político. En cuanto su sobrino Maxime le confía sus proyectos, ella exclama que primero debe casarse, puesto que el matrimonio es el pilar de todas las carreras serias. Maxime no tiene grandes objeciones en contra del matrimonio. Ni siquiera ha pensado en eso; preferiría quedarse como está, pero, en fin, si para ocupar una posición en el mundo hay que casarse, pasará por esa formalidad y por lo que haga falta. Sólo que, confiesa riendo, como no está enamorado de nadie, por más que intenta hacer memoria, todas las jovencitas con las que ha bailado en los salones le parecen iguales: mismo vestido blanco y misma sonrisa. *Madame* de Bussière está encantada: ella se encargará de todo.

Dos días más tarde, la baronesa habla a Maxime de la señorita Henriette de Salneuve. Considerable fortuna, antigua nobleza normanda, perfecta afinidad por ambas partes. Ella insiste acerca de lo adecuado de esta unión. No podría encontrarse un partido más satisfactorio a las exigencias del mundo. Será uno de esos enlaces que no sorprenden a nadie. Maxime asiente con aire condescendiente. De hecho, todo le parece bastante razonable. Los apellidos son equivalentes, las fortunas son más o menos las mismas, las alianzas se presentan como muy valiosas si persiste en su idea de querer entrar en la diplomacia.

—Creo que es rubia, ¿no? —acaba preguntando.

—No, es morena —responde la baronesa—; bueno, no lo sé.

Aunque poco importa. Lo que es seguro es que Henriette tiene diecinueve años. Maxime cree que ha bailado con ella, a menos que se tratase de su hermana menor. No se comenta nada sobre su educación, sería inútil: fue educada por su madre, y con eso basta. En cuanto a su carácter, no hay nada de qué hablar, nadie sabe cómo es. *Madame* de Bussière afirma que un día la vio tocar un vals de Chopin con mucha

entrega. Y que, por lo demás, esa misma noche habrá un encuentro con ella en un salón neutral.

Cuando, por la noche, Maxime ve a la señorita De Salneuve, se sorprende de encontrarla guapa. Baila con ella, la felicita por su abanico y recibe en respuesta una sonrisa. Quince días más tarde se hace la petición oficial y el contrato se discute ante notario. Maxime ha visto a Henriette cinco veces. Ella está verdaderamente bien; de piel blanca, con curvas, sabrá cómo vestirse cuando pueda deshacerse de sus vestidos de jovencita. Por otra parte, parece que le gusta la música, odia el olor del almizcle y tuvo una amiga llamada Claire que murió. Eso es todo. Maxime, por su parte, opina que ya es bastante: ella es una Salneuve, y la toma directamente de los brazos de una madre severa. Ya tendrán tiempo de conocerse más adelante. Mientras tanto, él piensa en ella sin desagrado. No está enamorado de verdad, pero tampoco le disgusta que sea guapa, porque si la hubiese encontrado fea se hubiese casado con ella de todas formas.

Ocho días antes de la boda, el joven conde se despide de su vida de soltero. Ve a la gran Antonia, una antigua amazona que ha vuelto de Brasil cubierta de diamantes. Le renueva el mobiliario y rompe con ella sin rencores tras una cena en la que beben por la felicidad conyugal de él. Despide a su ayuda de cámara, quema cartas estúpidas y ordena que abran las ventanas para que su residencia se ventile. Ya está listo. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, guarda algunas horas de su vida a las que cree haber cerrado para siempre las puertas de su corazón.

Los notarios de ambas familias han redactado el contrato. Les han dejado la sucia tarea del dinero. En resumen, nada más simple: las aportaciones de los esposos están claras, el matrimonio debe llevarse a cabo bajo el régimen de la dote. Durante la lectura del contrato, las dos familias permanecen en silencio: después, firman sin hacer ninguna observación, pasándose la pluma muy sonrientes. Y se habla de otro tema, de una fiesta de caridad que se le ha ocurrido a la baronesa, de un sermón con el que el padre Dulac ha mostrado verdaderamente un gran talento.

El matrimonio civil tiene lugar un lunes, un día en el que normalmente no se celebran matrimonios en el ayuntamiento. La novia lleva un vestido de seda gris, muy sencillo; el novio, levita y pantalón claro. No han invitado a nadie, allí sólo está la familia y los cuatro testigos, personajes notables. Mientras el alcalde lee los artículos del Código, las miradas de Maxime y Henriette se cruzan; se sonríen. ¡Qué cruel resulta el lenguaje legal! ¿Es realmente el matrimonio algo tan terrible como eso? Pronuncian, uno después del otro, el solemne «sí» sin la menor emoción. El alcalde es un señor bajito, casi jorobado, cuya constitución enclenque carece de majestuosidad. La baronesa, vestida de tonos oscuros, escruta la sala con binóculo y piensa que la ley tiene un representante muy mediocre. Al salir del ayuntamiento, Maxime y Henriette dejan cada uno mil francos para los pobres.

Sin embargo, toda la pompa, todas las lágrimas de ternura se reservan para la ceremonia religiosa. Con la intención de que no se confunda con una boda vulgar, se

ha escogido una iglesia privada, la pequeña capilla de las Misiones. Este hecho otorga inmediatamente al matrimonio un aire de piedad superior. Será monseñor Félibien, un prelado del Midi, el encargado de bendecir la unión. Llega el gran día, la capilla resulta ser demasiado pequeña; tres de las calles colindantes están bloqueadas por los carruajes; en el interior, en la penumbra de las vidrieras, se escucha el roce de las ricas telas, el discreto murmullo de voces. Se han colocado alfombras por todas partes. Hay cinco filas de butacas delante del altar. La nobleza de Francia está allí al completo, con su Dios. Sin embargo, Maxime, irreprochablemente ataviado, parece un poco pálido. Llega Henriette, toda blanca en una nube de tul; también ella está muy emocionada, tiene los ojos rojos, ha llorado. Cuando monseñor Félibien coloca las manos sobre sus cabezas, ambos se quedan inclinados unos segundos, con un fervor que provoca una impresión inmejorable. Después, el prelado habla de los deberes de los esposos con una voz cantarina, y la familia se enjuaga las lágrimas, sobre todo la señora Bussière, que ha sido muy infeliz en su matrimonio. La ceremonia termina en medio del olor a incienso y de la magnificencia de los cirios encendidos. No se trata de un lujo burgués, sino de una distinción suprema, que la religión depura para el uso de las gentes bien nacidas. Tras la firma de los documentos, y hasta los últimos apretones de manos, la iglesia parece un salón.

Por la noche se celebra una cena en familia, puertas y ventanas cerradas. Y de pronto, hacia la medianoche, cuando Henriette tirita en su cama de casada con la cabeza vuelta hacia la pared, siente que Maxime le besa el cabello. Ha entrado, después de los padres, sin hacer ruido. Ella suelta un grito, le suplica que la deje sola. Él sonríe, la trata como si fuera una niña a la que hay que tranquilizar. Es demasiado galán como para no anteponer todos los miramientos posibles. Conoce a las mujeres, sabe de qué manera hay que proceder con ellas. Y por ello se queda ahí, besándole las manos, acariciándola con palabras. Ella no tiene nada que temer, ¿acaso no es su marido? ¿No debe él velar por su existencia? Después, puesto que ella se asusta cada vez más y se pone a lloriquear mientras llama a su madre, él piensa que tiene que forzar un poco las cosas para evitar que la situación no acabe siendo ridícula. Además es un hombre con experiencia, y recuerda claramente la forma en que se inició tras una cena con la pequeña Laurence, del Folies, que no quería nada con él. Henriette está mucho mejor educada que Laurence: no le araña, no le lanza patadas. Apenas se debate con un pequeño temblor de miedo; y se rinde llorosa, enfebrecida, ni siquiera se atreve a abrir los ojos. Llora toda la noche, pegando la boca contra la almohada para que él no la oiga. Ese hombre tumbado a su lado le produce una repugnancia aterradora. ¡Oh! ¡Qué cosa más horrible! ¿Por qué nunca le han hablado de eso? No se hubiese casado. Esa violación de la boda, su larga juventud de estricta ignorancia que desemboca en esa iniciación brutal, le resulta una desgracia irreparable de la que no se recuperará jamás.

Catorce meses más tarde, el señor no entra ya en la habitación de la señora. Tuvieron una luna de miel de tres semanas. El motivo de la ruptura fue muy delicado.

Maxime, acostumbrado a la gran Antonia, quiso hacer de Henriette una amante, y ésta, cuyos sentidos estaban aún adormecidos, de naturaleza fría, se negó a ciertos caprichos. Por otro lado, descubrieron desde el segundo día que nunca se llevarían bien. Maxime tiene un temperamento fuerte, violento y cerril. Henriette es de una gran languidez, de una tranquilidad de gestos que enerva, y muestra también —por lo menos— una cabezonería similar. Además se acusan mutuamente de una maldad pérfida. Pero, como las personas de su rango siempre deben guardar las apariencias, viven en términos de gran cortesía. Se dan los buenos días cada mañana y se despiden por la noche con un saludo ceremonioso. A pesar de que sólo un salón separa sus habitaciones, se conocen menos que si viviesen a miles de leguas.

Sin embargo, Maxime ha vuelto con Antonia. Ha descartado completamente la idea de entrar en el cuerpo diplomático. Esa era una idea estúpida. Un de La Roche-Mablou no tiene necesidad de meterse en política en estos tiempos de alboroto democrático. Lo que a veces le arranca una sonrisa, cuando se encuentra con la baronesa de Bussière, es pensar que se casó de una forma tan inútil. Sin embargo, no se arrepiente de nada. El título, la fortuna, lo tiene todo. Otra vez vuelve a salir, pasa las noches en el Casino, lleva la gran vida de un gentilhomme de buena raza.

Henriette, al principio, se preocupó mucho. Luego, disfrutó intensamente de la libertad del matrimonio. Hace que le enganchen los caballos diez veces al día, va de tiendas, visita a las amigas, goza. Disfruta de todas las ventajas de una joven viuda. Hasta ahora, la gran tranquilidad de su temperamento le ha salvado de cometer graves faltas. Como mucho, se habrá dejado besar los dedos. Pero a ratos se siente bastante tonta. Deberá reflexionar con calma si el invierno que viene encontrará un amante.

II

JULES y MARGUERITE

El señor Jules Beaugrand es hijo del célebre Beaugrand, el abogado, el famoso orador de nuestras asambleas políticas. Antoine Beaugrand, el abuelo, era un apacible burgués de Angers, de una familia de notarios muy considerada en su provincia. A él no le atrajo la notaría y vivió de sus rentas tranquilamente. Su hijo mayor, el famoso Beaugrand, muy activo y muy ambicioso, por el contrario, amasó una gran fortuna. Por lo que se refiere a Jules Beaugrand, tiene las mismas aspiraciones que su padre, la vanidad de una gran posición, la necesidad de un lujo principesco. Por desgracia, acaba de cumplir treinta años y comienza a sentirse mediocre. Al principio soñó con la diputación, con el éxito de la tribuna, con una cartera de ministro tras la primera catástrofe gubernamental. Sin embargo, en la tertulia de jóvenes abogados en la que probó su elocuencia, descubrió que balbuceaba de forma intolerable y que la escasez de ideas y de palabras le impedían por completo triunfar en política. Después vaciló durante un momento, meditando si debía entrar en el mundo de la industria. Los estudios especializados lo amedrentaron. Y, al final, se decidió simplemente por una procuraduría judicial. Su padre, que estaba muy avergonzado de él, le compró por un alto precio una de las mejores procuradurías, cuyo último titular había ganado un par de millones.

Desde hace seis meses, Jules es, pues, abogado. El gabinete está instalado en un apartamento oscuro de la rue Saint-Anne. Pero él vive en un palacete de la rue d'Amsterdam, pasa las tardes en sociedad, colecciona cuadros y se jacta de ser procurador lo menos posible. Sin embargo, le parece que su fortuna crece lentamente. Echa de menos una ampliación del lujo a su alrededor: ofrecer una cena cada semana, por ejemplo, a personajes notables, o bien abrir su salón los martes por la tarde y reunir a los amigos políticos de su padre. Se da cuenta, además, de que un mayor tren de vida, recepciones, cinco caballos en su caballeriza, es decir, una ampliación de toda su casa, sería algo excelente que doblaría su clientela.

—Cásate —le dice su padre, a quien ha pedido consejo—. Una mujer meterá en tu casa ruido, esplendor... Que sea rica, porque una mujer, en estas condiciones, cuesta muy caro. La señorita Desvignes, por ejemplo, la hija del fabricante... Tiene como dote un millón. Ese es tu negocio.

Jules no se apresura, madura la idea. Es evidente que un matrimonio asentaría su posición. Pero es un asunto delicado que no hay que llevar a cabo a la ligera. Sopesa, pues, las fortunas que hay a su alrededor. Su padre, con su aguda visión, tenía razón: la señorita Marguerite Desvignes es el partido más sólido. Por lo tanto, pide información precisa acerca de la prosperidad de la fábrica Desvignes. Hábilmente consigue que el notario le hable de esa familia. El padre ofrece, efectivamente, un

millón. Podría tal vez llegar a un millón doscientos mil francos. Si el padre ofrece un millón doscientos mil francos, Jules acepta: se casa.

La operación se desarrolla sabiamente durante más o menos tres meses. El célebre Beaugrand juega un papel decisivo. Es él quien establece relación con Desvignes, uno de sus antiguos colegas en la Constituyente, y a quien poco a poco ciega, llevándole a ofrecer a su hija junto con el millón doscientos mil francos.

—¡Lo tengo! —le dice a Jules riendo—. Ahora ya puedes cortejarla.

Jules ya conoce a Marguerite de cuando eran niños: las dos familias pasaban el verano en el campo, cerca de Fontainebleau, y eran vecinos. Marguerite tiene ya veinticinco años, pero ¡por Dios!, la encuentra muy afeada cuando se vuelven a ver. Nunca fue guapa, es cierto; antes era morena como el carbón, pero ahora casi le ha salido joroba y tiene un ojo más grande que el otro. Al menos es la chica más amable del mundo, muy espiritual, eso dicen, y de una extraordinaria exigencia en cuanto a las cualidades que espera en un hombre; ha rechazado a los mejores partidos, lo que explica que se haya quedado soltera hasta tan tarde, con su millón. Cuando Jules se marcha, después del primer encuentro, la reconoce como perfectamente apta: se viste para gustar, habla de todo con un increíble aplomo, parece una mujer capaz de manejar formidablemente un salón, una parisina a la que su fealdad le confiere, sencillamente, un toque de originalidad. Además, en realidad, una chica de un millón doscientos mil francos puede permitirse ser fea.

A partir de ahí las cosas se llevan a cabo con mucha eficacia. Los prometidos no son gente que se enrede con bagatelas. Uno y otra saben perfectamente qué tipo de negocio van a cerrar. Se han entendido con una simple sonrisa. Marguerite fue educada en un internado aristocrático; había perdido a su madre a los siete años y su padre no pudo ocuparse de su educación. Permaneció, pues, en el internado hasta los diecisiete años, aprendiendo todo aquello que una niña rica no puede ignorar: música, danza, buenos modales, incluso un poco de gramática, historia y aritmética. Pero su educación se completó sobre todo junto a sus camaradas, niñas llegadas de todos los mejores barrios de París. En ese pequeño mundo, que era el reflejo en miniatura del ancho mundo, entre los cuatro muros del jardín en el que creció, a partir de los catorce años conoció los placeres de la fortuna, el espíritu práctico del siglo, el poder de la mujer y todo lo que hace que nuestra civilización sea avanzada. Aunque duda sobre cuestiones de economía doméstica, distingue de un solo vistazo todos los tipos de bordado imaginables, habla de modas como una gran costurera, conoce a las actrices por sus sobrenombres, apuesta a las carreras y evalúa a los caballos con palabras técnicas. Ella se sabe diferente, con toda honestidad, porque además ha llevado una vida de muchacho desde que dejó el internado hace ocho años.

Sin embargo, Jules le envía cada día un ramo de los más caros. Cuando va a verla, se muestra muy cortés. Pero la conversación cambia rápidamente, vuelven siempre a lo de su próximo traslado. Aparte de los dos o tres cumplidos de costumbre, no hablan de otra cosa que no sea del tapicero, del carrocer o de proveedores de todo

tipo. Marguerite ha decidido finalmente aceptar a Jules, porque le ha parecido de una mediocridad aceptable y porque el invierno pasado se aburrió mucho en casa de su padre. Su primer paseo de enamorados les lleva a visitar el palacete de la rue d'Amsterdam. Ella lo encuentra algo pequeño, pero hará que tiren un par de paredes y cambiará las puertas de lugar. Después, discute sobre el color de los muebles, se preocupa por saber dónde se situará su dormitorio, baja a las caballerizas, que le parecen satisfactorias. Vuelve otras dos veces más al palacete para dar ella misma órdenes al arquitecto. Jules está encantado, ha encontrado a la mujer que necesitaba.

Ocho días antes de la ceremonia, las dos familias andan de cabeza. El famoso Beaugrand y el viejo Desvignes han tenido ya tres reuniones con los notarios. Están atentos a las mínimas cláusulas, puesto que son hombres desconfiados, sin fe en la honradez humana. Jules, por su parte, se afana de forma inaudita con los regalos de boda. Marguerite, contraria a la costumbre, le ha pedido ser ella misma quien escoja las joyas y los bordados. Y así salen, acompañados solamente por una pariente pobre, a recorrer las tiendas, valorando diamantes y *valenciennes* de la mañana a la noche. Algo que, por otra parte, les divierte. No van, como los enamorados ingenuos, agarrados de la mano a lo largo de los paseos; se sonríen, sentados ante los mostradores de los joyeros, mientras se prueban sortijas y broches con los dedos ateridos a causa de las piedras preciosas.

Por fin firman el contrato. Durante la lectura se ha desatado una última discusión entre el famoso Beaugrand y Desvignes. Pero Jules ha intervenido, mientras que Marguerite escuchaba, con grandes ojos atentos, preparada para defender con una sola palabra sus intereses en caso de verlos comprometidos. El contrato es muy complicado: pone la mitad de la dote a disposición del marido, y constituye, junto con la otra mitad, un bien inalienable cuya renta formará parte de la comunidad, y todo ello con la condición de que a la mujer se le concedan doce mil francos anuales para su camarín. El famoso Beaugrand, autor de esa obra maestra, está encantado de haber «timado» a su viejo amigo Desvignes.

En el ayuntamiento, los invitados no son más de diez. El alcalde es un primo de Jules. Se pone serio para leer el Código, pero desde el momento en que lo deja se apresura a retomar su faceta social lanzando cumplidos a las mujeres y ofreciendo él mismo la pluma a los testigos, entre los que hay dos senadores, un ministro y un general. Marguerite ha pronunciado el «sí» sacramental en un tono de voz un poco alto, con aire solemne, pues conoce la ley. Todos los asistentes se quedan serios, como si con su presencia ayudasen a cerrar un negocio que mueve mucho capital. Cada esposo deja mil quinientos francos para los pobres. Y por la noche se ofrece una cena en casa de los Desvignes a la que asisten los testigos; el único que no ha podido venir es el ministro, lo que contraría enormemente a ambas familias.

La ceremonia religiosa tiene lugar en la Madeleine. Tres días antes, Jules y su padre se acercaron hasta allí para acordar un precio. Querían el máximo lujo posible y negociaron varias cifras: tanto por la misa en el altar mayor, tanto por los órganos,

tanto por las alfombras. Se acordó que una alfombra cubriese los veinte escalones y llegase hasta la acera. También se acordó que los órganos recibiesen con una marcha triunfal la entrada del cortejo; eso son cincuenta francos más, pero tiene un gran efecto. Se enviaron un millar de invitaciones. Cuando los coches van llegando formando una larga fila, la iglesia está ya abarrotada de gente, de hombres vestidos de traje, de mujeres muy arregladas. Por algún milagro de coquetería, ahora Marguerite casi no es fea, bajo su velo blanco y su corona de flores de jazmín. Jules está todo henchido viendo que ha congregado a tanta gente. No obstante, los órganos braman, el coro canta con voz atiplada, la ceremonia dura cerca de hora y media bajo la majestuosidad de las bóvedas. Es muy bello. Luego, en la sacristía, comienza un desfile interminable. Los conocidos, los invitados, hasta los desconocidos entran por una puerta y salen por otra, después de haber estrechado la mano de los esposos y de las dos familias. Este formalismo requiere también más de una hora. Hay muchos hombres del mundo de la política, abogados, procuradores, grandes industriales, artistas, periodistas; y Jules saluda con un apretón de manos especialmente cordial a un pequeño y pálido joven, a quien conoce un poco y que escribe en un periódico de los bulevares en el que quizá inserte una nota sobre la boda.

Puesto que ni los Beaugrand ni los Desvignes tienen un salón lo suficientemente grande como para ofrecer la comida, se cena y se baila por la noche en el Hôtel du Louvre. La comida es mediocre. El baile, en la sala de fiestas del hotel, espléndido. A medianoche, un coche se lleva a los esposos a la rue d'Amsterdam. Y van bromeando a lo largo de todo el camino, en medio de la oscura París, mientras que sombras de mujeres merodean por las esquinas de las calles. Cuando Jules entra en la cámara nupcial, se encuentra con que Marguerite le espera tranquilamente, con un codo hundido en la almohada. Está un poco pálida y sonrío algo forzada, nada más. Y el matrimonio se consuma de forma completamente natural, como algo esperado durante mucho tiempo.

Han pasado dos años desde que los Beaugrand se casaron. No han roto, pero desde hace seis meses se han olvidado el uno del otro. Cuando Jules vuelve a sentir ganas de estar con su mujer, debe cortejarla durante una semana antes de que le esté permitido entrar en su habitación. Por lo general, con el fin de ahorrar un tiempo que le es muy valioso, va a contentarse a otra parte. ¡Tiene tantos asuntos! A día de hoy es un hombre muy ocupado; ya no se conforma con su despacho, pertenece a varias sociedades, incluso invierte en Bolsa. Su ilusión es que París le preste atención, los periódicos le dedican palabras ingeniosas. Además, no pega a su mujer, y aún no ha encontrado la forma, a pesar de los consejos de su padre, de acceder a los seiscientos mil francos inmovilizados por el contrato.

Por su parte, Marguerite es una mujer encantadora. La joven ha mantenido sus promesas. Ha hecho del palacete de la rue d'Amsterdam un lugar de encuentro de lujo y fiestas. Toda la loca prodigalidad de París, los vestidos de mil escudos echados a perder en una noche y los billetes de banco estrujados para encender las velas, le

dan un aire de riqueza extraordinaria. Los carruajes se deslizan bajo la bóveda desde la mañana hasta el anochecer, y algunas noches se oye en el barrio hasta el alba una música lejana acompañada de las risas amortiguadas de las bailarinas. Marguerite resplandece de fealdad, se arregla para resultar más deseable que una mujer guapa; es más que bella, es peor, así lo dice ella misma riéndose. El millón doscientos mil francos de su dote arde como la paja. Arruinaría a su marido en menos de un año si no tuviese una inteligencia poco habitual. Se sabe que dispone de mil francos al mes para sus gastos, pero nadie tiene el mal gusto de escandalizarse al verla gastar en un mes lo que recibe durante todo un año. Jules está encantado, ninguna mujer mantendría su casa a semejante tren, y le agradece sinceramente todo lo que ha hecho con el fin de ampliar su círculo de relaciones. En este momento, Marguerite se muestra familiar con uno de los senadores que hizo de testigo en la boda; se deja besar los hombros, detrás de las puertas, y deja que le regale títulos de renta vitalicia en cajitas de pastillas.

III

ALEXANDRE y LOUISE

Louise Bodin ha superado la treintena. Es una gran persona, ni guapa ni fea, con una cara llana, cuyo celibato empieza a enrojecerle las mejillas. Es hija de un pequeño mercero de la rue Saint-Jacques, que tiene una pequeña tienda oscura desde hace más de veinte años, con la cual no ha podido ahorrar hasta ahora más que unos diez mil francos, y para ello ha tenido que comer carne como mucho dos veces por semana, llevar la misma ropa durante tres años y contar en invierno las paletadas de carbón que arrojaba a la estufa. Hace veinte años que Louise está ahí, detrás del mostrador, viendo cómo los carruajes salpican a los peatones. Ha ido un par de veces al campo: una vez a Vincennes y la otra a Saint-Denis. Cuando se asoma a la puerta, puede ver calle abajo el puente bajo el que corre el río. Además, es buena chica, ha crecido vendiendo a las obreras del barrio agujas por una perra e hilo por dos. Su madre solía enviarla a un pequeño internado cercano, pero la sacó cuando cumplió los doce años para no tener que contratar a una dependienta. Louise sabe leer y escribir, aunque la ortografía no es su fuerte; lo que mejor conoce son las cuatro reglas matemáticas. Como ella dice con voz tranquila, es más que culta como para estar en un comercio.

No obstante, su padre ha dicho que le daría dos mil francos de dote. Esta promesa se ha ido extendiendo por el barrio, y nadie ignora que la señorita Bodin tendrá dos mil francos. Tampoco han faltado las propuestas. Pero Louise es una chica prudente. Dice muy claro que nunca se casaría con un chico que no tuviese nada. Una no se junta con otro para cruzarse de brazos y mirarse lo blanco del ojo. Puede que vengan niños; se está mejor de viejo cuando uno tiene algo que llevarse a la boca. Así pues, quiere un marido que tenga al menos dos mil francos, igual que ella. Podrán tener una pequeña tienda y ganarse la vida de forma honrada. Pero aunque los maridos de dos mil francos no escasean, sí que aspiran por lo general a chicas que tengan el doble o el triple. Esa es la razón de que Louise corra el riesgo de quedarse soltera. Ha tenido que deshacerse de sujetos poco recomendables, hombres que se le acercaban con la intención de echar mano de su dote. Le parece bien que quieran casarse con ella por su dinero, porque, a fin de cuentas, el dinero lo es todo en la vida. Sólo pretende encontrar un marido que tenga, también, el dinero en consideración.

Por fin les hablaron a los Bodin de un joven de bien, un relojero de excelentes costumbres. Reside en el vecindario con su madre, que vive de una pequeña renta. La señora Meunier ha conseguido ahorrar, por prodigios de la economía, la suma de mil quinientos francos con el fin de facilitarle el matrimonio a su hijo. Alexandre Meunier, que es un año menor que Louise, es muy tímido, y por eso absolutamente adecuado. Pero Louise, ante la cifra de mil quinientos francos, dice claramente que es inútil seguir hablando, que lo que quiere son dos mil francos, ya ha hecho todos los

cálculos. Sin embargo, se establecen relaciones entre las dos familias, la señora Meunier viene en persona a hablar de que desea un matrimonio apropiado para su hijo. Cuando se entera de la suma que Louise pide, aprueba esta sabia decisión de la joven y promete que, en dieciocho meses, reunirá el dinero para llegar a los dos mil francos. A partir de ahí, todo queda arreglado.

Las familias viven en condiciones de estrecha intimidad. Los niños, Alexandre y Louise, esperan tranquilamente dándose amistosos apretones de manos. Se ven todas las tardes, y se quedan ahí, en la trastienda, a cada lado de la mesa, sin un rubor ni ninguna impaciencia, charlando sobre el barrio, sobre la prosperidad de unos o sobre la mala conducta o mala suerte de otros. En dieciocho meses no intercambian ni una sola palabra de amor. Louise encuentra a Alexandre muy honrado, porque un día le oyó decir que no se atrevía a reclamarle a un amigo los diez francos que le había prestado hacía seis semanas. Alexandre dice que Louise ha nacido para el negocio. Lo que, viniendo de él, es un gran cumplido.

El día convenido, como si se tratase de una fecha límite, la señora Meunier tiene los dos mil francos. Hace ya año y medio que no toma café y que va rascando perras de la comida, la luz y la calefacción. Se fija entonces la fecha de la boda tres meses más tarde, para tener tiempo suficiente de prepararse. Se ha acordado que Alexandre abrirá una relojería en un pequeño establecimiento que han descubierto en la misma rue Saint-Jacques, el establecimiento de una frutera cuyo negocio no ha funcionado. Se trata, sobre todo, de poner la tienda en condiciones. Terminan conformándose con blanquear el techo y limpiar la pintura, porque el pintor pedía doscientos francos por repintarlo todo. En cuanto a los artículos, consistirán al principio en algunas joyas sencillas y relojes de ocasión. Alexandre comenzará reparando relojes en el barrio y, poco a poco, cuando sean conocidos, con mucha calma, llegarán a tener una de las tiendas más bonitas y mejor surtidas de la calle. Después de todo, cuando la tienda esté ya lista y los gastos de instalación pagados, les quedarán tres mil francos, con los que podrán hacer buenas compras. Estas componendas los mantienen ocupados hasta la víspera de la boda.

Al hablar de contrato, Louise ha levantado los hombros y Alexandre se ha echado a reír. Un contrato cuesta al menos doscientos francos. Pondrán todo en común y lo dividirán todo entre dos, es mucho más natural. Sin embargo, se han decidido a hacer las cosas bien. Alexandre, además de la alianza, una alianza de oro de quince francos, le ofrece a Louise una cadena de reloj. La boda se celebrará en un restaurante de la periferia, en Saint-Mandé, en el Panier Fleuri; pero los Bodin han dicho que los gastos del banquete corren por su cuenta.

La boda está prevista un sábado porque así se puede descansar todo el domingo. Cuentan con cinco coches, alquilados para todo el día. Alexandre ha encargado una levita y un pantalón negros. Louise se ha hecho ella misma el vestido blanco, y una tía suya le ha dado la corona y el ramo de flores de jazmín. Los invitados, por lo demás, alrededor de veinte personas, se han metido en gastos de etiqueta: las damas

llevan trajes de seda rosa, verde, amarillo; los señores llevan levita. Un antiguo vendedor de muebles viste incluso un frac. Pero dos damas de honor, sobre todo, llaman la atención de la gente que pasa, dos grandes chicas rubias con vestidos de muselina blanca y la cintura marcada por unas largas cintas azules. Y desde las once de la mañana el cortejo se tambalea, sale hacia el ayuntamiento, donde la boda invade la sala de los matrimonios. El alcalde tarda en llegar más de tres cuartos de hora. Es un hombre grueso de aspecto enfadado, que recita los artículos del Código mirando continuamente el reloj que tiene enfrente. Debe de tener una reunión de trabajo. La señora Bodin y la señora Meunier lloran mucho. Los novios responden «sí» dirigiéndole al alcalde un saludo cortés. Durante todo este tiempo, el antiguo vendedor de muebles se permite algunas bromas que hacen reír a los señores. Alexandre y Louise tienen cada uno preparados cinco francos, para los pobres. Después, la boda vuelve a montarse en los coches, cruza la plaza y vuelve a bajar hacia la iglesia. La víspera, el señor Bodin y Alexandre vinieron a pagar la ceremonia. Optaron por lo más sencillo, porque no es cuestión de que los curas se forren. Incluso el señor Bodin, que es librepensador, quería que no se recurriese a la iglesia. Y si ha cedido ha sido por conveniencia. El sacerdote lleva la misa ágilmente, una misa al pie del altar de la Virgen. Los asistentes se ponen en pie y se vuelven a sentar cuando el pertiguero les hace una señal. Solamente las mujeres tienen libros de misa, libros que no leen. Los novios están serios, con unas caras ligeramente aburridas y distraídas, como si no pensasen en nada. Cuando por fin el cortejo sale de la iglesia, todo el mundo suspira con alivio. ¡Ya ha terminado, por fin vamos a poder reír un poco!

Hacia las dos, los coches llegan a Saint-Mandé. La cena no es hasta las seis. Se dirigen, pues, al bosque de Vincennes. Y durante tres horas dan un paseo endomingado entre los árboles. Las damas de honor corretean como chiquillas, las señoras buscan la sombra, los señores encienden cigarros. Puesto que todo el mundo está muerto de cansancio, terminan sentándose en mitad de un claro y allí se relajan, escuchando las cornetas del fuerte próximo, el silbido agudo de las locomotoras que pasan, el lejano rugido de París en el horizonte.

La hora de la cena va acercándose y vuelven al restaurante. La mesa está preparada en una amplia sala iluminada por diez faroles de gas, como en los cafés, y hay grandes ramos artificiales cuyo uso ha conseguido marchitar las flores. Y comienza el servicio, en medio del sonido de las cucharas contra los platos de sopa. Después, el ambiente se caldea, se bromea de una punta de la mesa a la otra. El momento más alegre de la velada llega cuando un joven, dependiente de mercería, se desliza por debajo de la mesa y desata la liga de la novia, un mar de lazos cuyos hilos se disputan los señores para decorar sus ojales. Louise deseaba que le ahorrasen esta broma clásica, pero su padre le ha dado a entender que entristecería la boda y ella se ha plegado a la costumbre con su buen talante habitual. Alexandre se ríe muy alto, rebosa una alegría de buen chaval que no se divierte a menudo. Es más, la liga ha

suscitado bromas muy atrevidas. Cuando se oye una muy fuerte, las damas se cubren el rostro con la servilleta para reírse a sus anchas.

Son las nueve. Los camareros del restaurante piden a la novia que pase un momento a la sala contigua. Durante ese tiempo retiran la mesa rápidamente y el gran comedor queda convertido en una sala de baile. Sobre un estrado hay instalados dos violines, una corneta de pistones, un clarinete y un contrabajo. Empieza el baile: los vestidos de las damas de honor, fustigados por el azul de las cintas, flotan toda la noche de un extremo al otro de la sala entre las levitas negras. Hace mucho calor, unas damas abren una ventana y respiran el aire puro del exterior. Sirven vasos de sirope de grosella en bandejas. Hacia las dos, buscan a la novia por todas partes, pero ha desaparecido; ha regresado a París con su madre y su marido. El señor Bodin se ha quedado para representar a la familia y para mantener el buen humor de los invitados. Hay que bailar hasta el alba.

En la rue Saint-Jacques, la señora Bodin y otras dos damas proceden a vestir a la novia para la noche. La acuestan y se echan las tres a llorar. Louise, impaciente ya, las echa de allí después de haberse visto ella misma obligada a infundirles ánimos. Está tranquila, sólo muy cansada, con muchas ganas de dormir. Y como de hecho Alexandre, intimidado, tarda mucho en presentarse, ella acaba durmiéndose en su sitio, al fondo de la cama. Alexandre, sin embargo, se acerca de puntillas. Se detiene, la observa dormir durante un instante, aliviado. Después, tomando mil precauciones, se desviste y se desliza bajo la sábana evitando hacer movimientos bruscos. Ni siquiera la abraza. Lo deja para la mañana siguiente. Tiene mucho tiempo, puesto que están juntos para siempre.

Y llevan una vida muy feliz. Tienen la suerte de no tener niños; los niños les molestarían. Su comercio prospera, la pequeña tienda crece, las vitrinas se llenan de joyas y relojes. Es Louise quien gobierna la casa como señora que es. Pasa horas en el mostrador sonriendo a las clientas, vendiendo como recién fabricadas joyas ya pasadas de moda; por la noche comprueba las cuentas con la pluma sobre la oreja. A menudo también se pasa el día haciendo compras por todas las esquinas de París, para los pedidos. Toda su existencia transcurre bajo la constante preocupación del comercio. La mujer desaparece, no queda más que una dependienta activa y astuta, sin sexo, incapaz de fracasar, con la idea fija de retirarse con cinco o seis mil francos de renta para ir a gastárselos a Suresnes, en una casa construida en forma de chalet suizo. Alexandre muestra una calma absoluta, una confianza ciega en su mujer. Él se ocupa solamente de los trabajos de relojería, de la reparación de relojes de pulsera y de péndulo. Da la sensación de que la casa misma es un gran reloj de pared cuyo péndulo han ajustado ambos para siempre. Nunca sabrán si se han amado. Lo que sí saben con seguridad es que son unos socios honrados, ávidos de dinero, que continúan durmiendo juntos para evitar tener que lavar dos juegos de sábanas.

IV

VALENTIN y CLÉMENCE

Valentin es un gran mozo de veinticinco años, de profesión carpintero y nacido en pleno barrio de Saint-Antoine. Su padre y su abuelo eran carpinteros. Ha crecido en medio de las virutas y ha jugado a las canicas hasta los diez años, sobre la acera de la plaza de la Bastilla, alrededor de la Columna de Julio. Ahora duerme en la rue de la Roquette, en una habitación de mala muerte donde, por diez francos al mes, tiene un agujero bajo techo, el espacio justo para una cama y una silla. Y aun así, para meterse en la cama tiene que doblarse por la mitad para no golpearse la cabeza contra el techo. Él mismo se ríe de eso. No invita a nadie a su apartamento; regresa a las diez para acostarse y a las cinco de la mañana, ya sea invierno o verano, se espabila. Lo único que le molesta es cuando conoce a alguien, porque no se atreve a llevar a las damas a su casa. Es tan pequeña que, para dormir dos, uno tendría que sacar las piernas a la escalera.

¡Un granujilla, este Valentin! Trabaja duro porque todavía es joven y cree en el trabajo. Y además de eso, no bebe, no juega; un poco golfo, quizá. Las mujeres son su gran defecto. Por la mañana, cuando empuña su garlopa con un brazo de papel maché, los compañeros bromean, le dicen que ha estado con la señorita Lise. Es porque una antigua novia de Valentin se llamaba Lise y, los días en que le invadía la pereza, solía decir: «¡Dios! ¡No puedo, ayer por la noche vi a Lise!». En los bailes del barrio le llaman el carpintero guapo. Tiene una gran cara sonriente, con el pelo de punta, y cuando baila se suele recoger las mangas de la camisa para estar más cómodo, eso dice, pero en realidad es para enseñar sus fuertes brazos, que los tiene tan blancos como los de una mujer. Ha estado con las chicas más guapas: la gran Nana, la pequeña Augustine, la gorda Adèle que no tiene más que un ojo, e incluso la Bordelesa, una encuadernadora por la que se mataron dos militares. Todas las noches hace la ronda de las verbenas, una mirada aquí, una mirada allá, sólo para comprobar si no hay por las esquinas señoritas que él no conozca.

Una noche, según entra en el Jardín de Fiore —un baile de la rue de Charonne—, ve a Clémence, una florista de dieciséis años cuyo bonito cabello rubio le parece un sol alumbrando en la sala. De pronto, está tocado. Se pasa toda la noche haciéndose el simpático, baila con la joven, le paga una jarra de vino. Luego, hacia las once, cuando Clémence vuelve a casa, él la acompaña y, como es natural, quiere subir. Pero ella se niega con voz firme. Pasa de buena gana una noche en la verbena; pero ahí queda todo. Le cierra la puerta en las narices. Al día siguiente, él se informa. Clémence ya ha tenido un amante, que la dejó plantada dejándole a deber dos meses de alquiler. Así pues, ella juró vengarse con el primer hombre que cometiera el error de amarla.

No obstante, Valentin la aguarda en la acera los días siguientes, se arriesga a subir para darle los buenos días, la persigue por todas partes.

—Entonces, ¿salimos esta noche? —le grita sonriendo.

Pero ella le responde con una voz alegre:

—¡No, no, mañana!

Se la encuentra en el Jardín de Flore todos los domingos. Ella está ahí, sentada frente a la orquesta de músicos. Acepta de buen grado el vino, baila con él, pero cuando él intenta besarla, ella le da un cachete. Y si él le habla de irse a vivir juntos, ella le dice de forma racional que se equivoca empecinándose, que ella no quiere porque no le gusta la idea. Y bromean así durante seis semanas sin parar de reírse.

A finales del segundo mes, Valentin se hunde. Ya no puede dormir por la noche en su agujero, bajo el tejado. Se ahoga. Cuando está acostado, con los ojos como platos, ve en la oscuridad el rostro claro de Clémence, cuyos cabellos brillan con su resplandor de sol. Entonces le sube la fiebre y se pone a dar vueltas hasta el alba, como si estuviese sobre carbones. Al día siguiente, en el taller, no hace nada; tiene la mirada perdida y las herramientas se le caen de las manos. Los compañeros le gritan: «Entonces, ¿fuiste a ver a Lise?». No, por desgracia no fue a ver a Lise. Tres veces ha ido ya a casa de Clémence a ponerse de rodillas y a suplicarle que esté con él. Pero ella le ha dicho que no, siempre no; de modo que ha llorado como un niño en la calle. Sueña con ir a dormir ante su puerta, en el rellano, porque le parece que estaría mejor allí, escuchando su ligera respiración por los resquicios. El deseo por esa pequeña muchacha a la que podría retorcer el cuello con dos dedos, como si fuese un pollo, hace que no pueda comer ni beber.

Finalmente, una noche, sube a casa de Clémence y le pide bruscamente que se case con él. Ella se queda perpleja, pero acepta enseguida. Lo ama con todo su corazón; sólo que lloró demasiado cuando el primero la abandonó. Como esta vez se trata de vivir juntos para siempre, acepta.

Al día siguiente, se acercan al ayuntamiento para informarse. La lentitud de las formalidades les inquieta. Clémence no sabe dónde está el acta de fallecimiento de su padre. Valentin corre de despacho en despacho para obtener el documento que da fe de su graduación del servicio militar. Ahora se ven todos los días, van a pasear por las murallas de la ciudad y a comer torta a las fiestas de los barrios periféricos. Por la noche, cuando regresan por las largas calles de los barrios, no se dicen nada, se cogen suavemente del brazo. Su corazón está henchido de una felicidad que no saben expresar. Clémence le cantó una vez a Valentin un romance que trataba sobre una dama en un balcón y un príncipe que le besaba los cabellos; y a Valentin le gustó tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Una vez cumplimentadas las formalidades, se fija la boda para un sábado. Se casarán tranquilamente. Valentin va a ver la iglesia, pero como el cura le pide seis francos, él le responde que no necesita su misa y Clémence exclama que la única boda válida es la del ayuntamiento. Al principio hablan de no invitar a nadie a la boda

en absoluto. Después, para que no parezca que se esconden, organizan un picoteo a cien perras por cabeza en el local de un vinatero de la Barrière-du-Trône. Serán dieciocho comensales. Clémence llevará a tres amigas suyas que están casadas. Valentin ha reclutado a una banda entera de carpinteros y ebanistas, junto con sus señoras. La cita en la vinatería es a las dos del mediodía, porque han planeado ir a dar un paseo antes de la cena.

En el ayuntamiento, Valentin y Clémence se presentan acompañados solamente por sus testigos. Valentin ha llevado al tinte su levita. Clémence lleva tres días arreglándose por las noches un viejo vestido azul que una de sus amigas, más gruesa que ella, le ha vendido por diez francos. Lleva un sombrero decorado con flores rojas. Y está tan guapa, con su carita blanca de chiquilla, bajo los mechones rebeldes de su pelo rubio, que el alcalde le sonríe paternalmente. Cuando le toca el turno de decir «sí», nota que Valentin le da un codazo y se echa a reír. Todos en la sala ríen, hasta los jóvenes funcionarios. Pasa un soplo de juventud a través de las páginas amarillentas del Código. Luego, cuando hay que firmar en el registro, los testigos se aplican. Valentin traza una cruz, porque no sabe escribir. Clémence hace un gran garabato. En la colecta para los pobres, todos dejan dos perras. Sólo la novia, después de haber hurgado en sus bolsillos durante largo rato, deja finalmente diez.

A las dos, todo el mundo se encuentra reunido en la vinatería de la plaza de Trône. Parten de ahí en dirección a las murallas, todos hacia delante. Después, los hombres organizan una «gallina ciega» en el foso. Cuando uno de los carpinteros atrapa a una de las damas, la retiene un momento entre sus brazos y le pellizca las pantorrillas; y la dama se pone a dar grititos, dice que eso no está permitido, que no se debe pellizcar. Todos ríen a carcajadas, perturbando la zona desierta con tal escándalo que los gorriones asustados levantan el vuelo desde los árboles hasta la pasarela del fuerte. Cuando regresan, hay tres niños a los que sus padres se ven obligados a llevar a horcajadas sobre el cuello porque ya no pueden andar.

Eso no impide que por la noche, en la cena, todos empuñen con fuerza sus tenedores. Todos quieren dar cuenta de sus cien perras. Se paga, ¿no es así? Entonces se pueden vaciar los platos. Hay que ver con qué meticulosidad limpian los huesos. No dejan que nada se devuelva a la cocina. Valentin, a quien los compañeros quieren emborrachar para reírse, vigila su vaso; pero Clémence, que no tiene la costumbre de beber vino puro, está muy roja y habla como una cotorra, profiriendo gritos de pájaro. En los postres comienzan las canciones. Cada uno canta la suya. Durante tres horas se escucha un arrullo de estrofas interminable. El uno canta un romance, una historia que trata sobre Venecia y las góndolas; el otro es especialista en cancioncillas cómicas y narra las consecuencias del vino barato, interpretando a un hombre borracho en el estribillo. Un tercero cuenta un chiste verde, algo subido de tono, y las damas, riéndose muy fuerte, le acompañan dando golpecitos con los mangos de los cuchillos en los vasos. A pesar de todo, cuando llega la hora de pagar se enfadan. El vinatero reclama un suplemento. ¡Cómo! ¿Un suplemento? Si se acordaron cien

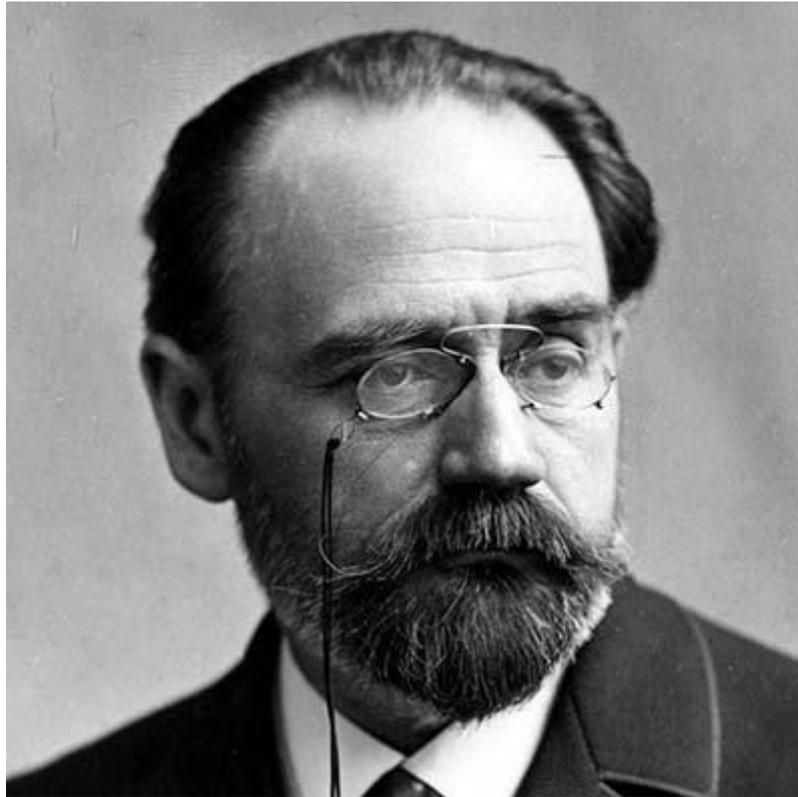
perras, son cien perras ¡nada más! Y como el vinatero amenaza con llamar a los guardias, la cosa empeora y empiezan a volar los puñetazos, y una parte de la boda acaba pasando la noche en comisaría. Por suerte, los novios han sido lo suficientemente listos como para salir de allí cuando ha empezado la pelea.

Son las cuatro de la madrugada cuando Valentin y Clémence vuelven a la habitación de ésta, que han decidido mantener hasta el próximo vencimiento. Han bajado todo el barrio de Saint-Antoine caminando, con un ligero viento frío que no sentían de lo rápido que andaban. Y cuando la puerta se cierra, Valentin coge a Clémence entre sus brazos, le cubre el rostro de besos con una pasión tan brutal que ella ríe. Ella se cuelga del cuello de él, lo besa también con todas sus fuerzas para demostrarle que lo ama. La cama ni siquiera está hecha, porque tenía tanta prisa esta mañana que solamente ha echado la colcha por encima. Y él la ayuda a darle la vuelta al colchón. Después amanece, justo en el momento en que ellos se acuestan. El canario de Clémence, cuya jaula cuelga cerca de la ventana, gorjea suavemente. En la habitación pobre, bajo las cortinas ajadas de la cama, el amor introduce una especie de aleteo.

A fin de cuentas, Valentin y Clémence se han establecido con veintitrés perras. El lunes vuelven tranquilamente al trabajo, cada uno por su lado. Y los días pasan, y pasa la vida. A los treinta años Clémence está estropeada, su cabello rubio se ha tornado amarillo sucio, los tres niños que ha criado la han deformado; Valentin se ha dado al vino, tiene un fuerte aliento y los brazos endurecidos y enflaquecidos por el cepillo. Los días de paga, cuando el carpintero vuelve a casa borracho y con los bolsillos vacíos, en la casa se escuchan bofetadas mientras los críos gritan. La mujer se acostumbra poco a poco a ir a buscar a su hombre a la vinatería, y allí acaba sentándose ella también, bebiéndose su parte, entre el humo de las pipas. Pero ama a su hombre igualmente y lo excusa cuando le suelta algún bofetón. Ella sigue siendo una mujer honrada, no se le puede acusar de acostarse con el primero que pasa, como algunas criaturas. Y en esta vida de peleas y miseria, en la suciedad de la vivienda a menudo sin fuego ni pan, en la lenta degradación de los muebles, hay, hasta la muerte, bajo las cortinas andrajosas de la cama, noches en las que el amor acaricia con su aleteo.

El amor abre el paréntesis,
el matrimonio lo cierra.

(Victor Hugo)



Émile Zola (París, 1840-1902) pasó toda su niñez en el sur de Francia, donde su padre falleció cuando él tenía siete años, dejando a su familia en la miseria. En 1858 se mudó a París y encontró su primer trabajo en una editorial. Aunque escribió diversos poemas, relatos y críticas literarias, hasta 1867 no publicó su primera novela: *Thérèse Raquin*. Entre 1871 y 1893 compuso el ciclo de los *Rougon-Macquart*, una serie de veinte novelas destinadas a ilustrar, a través de una saga familiar, la vida parisina de finales del siglo XIX. En esta serie se incluyen obras como *Nana* o *Germinal*. Inspirado por las teorías de Darwin o Taine, Émile Zola inventó un nuevo género literario con el que penetrar en cada uno de los aspectos de la vida humana para descubrir todos los males de la sociedad: el naturalismo. Rápidamente fue calificado de obsceno y criticado por exagerar la criminalidad y el comportamiento tanto de las clases más acomodadas como de las más desfavorecidas. En defensa del naturalismo, Émile Zola escribió varios libros de crítica literaria en los que atacaba a los autores románticos. Entre estos escritos destacan *La novela experimental* (1880) y la colección de ensayos *Les romanciers naturalistes* (1881). En 1898 se exilió a Londres durante un año como consecuencia de la carta «Yo acuso», dirigida al presidente Faure y publicada en primera página en el diario parisino *L'Aurore*. En ella, Zola defendía la inocencia del capitán judío Alfred Dreyfus, acusado y condenado por espionaje, y denunciaba al verdadero traidor, el capitán Esterházy. Su carta provocó la reapertura del juicio. Zola murió en su casa de París el 29 de septiembre de 1902, intoxicado por el monóxido de carbono que producía una chimenea en mal estado.